



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 25 (2019)

LA REALIDAD DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA POETIZADA POR PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

Enrique RUBIO CREMADES
(Universidad de Alicante)

Recibido: 23-03-2019 / Revisado: 02-07-2019

Aceptado: 02-07-2019 / Publicado: 20-12-2019

RESUMEN: Alarcón refleja la tradición literaria nacida a raíz de la Guerra de la Independencia en España. Sus *Historietas nacionales* narran diversos episodios históricos en los que se muestra el patriotismo de los españoles ante la invasión francesa. Alarcón muestra los valores éticos ancestrales que hermanan lo español con la religión, con el heroísmo, con la tradición, con la familia. Por el contrario, la imagen del francés siempre aparece representada bajo un prisma denigrante, bárbaro..

PALABRAS CLAVE: Alarcón, Guerra de la Independencia, Historietas nacionales, Novelas sobre la Guerra de la Independencia.

THE REALITY OF THE WAR OF INDEPENDENCE POETIZED BY PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

ABSTRACT: Alarcón reflects the literary tradition born of the War of Independence in Spain. Their *Historietas nacionales* narrate diverse historical episodes in which the patriotism of the Spaniards before the French invasion is shown. Alarcón shows the ancestral ethical values that combine the Spanish with the religion, with the heroism, with the tradition, with the family. On the contrary, the image of the Frenchman is always represented by a denigrating prism, a barbarian one.

KEYWORDS: Alarcón, War of Independence, Historietas nacionales, Novels about the War of Independence.

En el pequeño cuaderno autógrafo que conservan los herederos de Alarcón leemos las primeras referencias alarconianas a la Guerra de la Independencia:

Nací el domingo 10 de marzo de 1833, a las cinco de la madrugada, en Guadix, callejón del Hospital Viejo, penúltima casa [...] 4º hijo de los diez de D. Pedro y Dña. Joaquina Ariza. De una noble y distinguida familia que perdió casi toda su fortuna en la Guerra de la Independencia, durante la cual su abuelo paterno, Regidor Perpetuo de Guadix, vio confiscados sus bienes, fue preso en la cárcel y murió de resultas, todo por haberse opuesto a la entrada de los franceses en Guadix (Alarcón, 1943: vi).

La infancia y adolescencia de Alarcón, al igual que la mayoría de los nacidos a finales del primer tercio del siglo XIX estaría condicionada por los hechos ocurridos y vividos por las generaciones anteriores inmediatas a Alarcón. Sus tempranos inicios literarios se verían enturbiados por esta animadversión a lo francés, que si bien puede remontarse desde una perspectiva general a los siglos XVI y XVII, se reactivaría en el XVIII gracias a la victoria de los Borbones en la Guerra de la Sucesión. Hecho histórico que, como es bien sabido, posibilitaría la influencia de Francia en los grupos más importantes de la sociedad española, empeñados en reformar sus costumbres, sus tradiciones o sus hábitos. Se trata, en definitiva, de desespañolizar nuestra forma de ser, de sentir, de conectar con los valores patrios. Ello explicaría la aversión contra lo francés en la prensa clandestina del XVIII, cuyos escritos injuriosos, picantes e infamatorios iban dirigidos contra los franceses o afrancesados, acaparadores de numerosos cargos políticos en detrimento de la nobleza española. Odio que también se patentiza en los males que causan por su índole viciosa, tal como constata el célebre periódico *El Duende Crítico de Madrid*¹.

El patriotismo de los relatos alarconianos está incardinado o enraizado en unos valores éticos ancestrales que hermana lo español con la religión, con el heroísmo, con la tradición, con la familia. Poetiza esta realidad. Frente a estos valores, el francés simboliza el egoísmo, la cobardía. En la lectura de las *Historietas nacionales*, como *El carbonero alcalde*, *El afrancesado*, *¡Viva el Papa!* o *El Ángel de la Guarda*, apreciamos todos estos contrastes, como si la propia imagen del francés estuviera de continuo encauzada y matizada bajo acepciones denigratorias, censorias. Incluso, como tendremos ocasión de comprobar, las figuras más señeras y regias del gobierno francés se comportan de forma malévolamente e injusta. Tanto Napoleón Bonaparte como sus mandos aparecen denigrados hasta la saciedad, evidenciándose desde una óptica veraz y objetiva la falsedad de las acusaciones o de las imágenes que de ellos se daba en aquella época. A pesar de esa falsía o engaño de las inculpaciones, la imagen de estos comportamientos se ha consolidado en el imaginario colectivo. Poesía, novela, teatro, literatura «de cordel» y la prensa periódica serán los

¹ *El Duende Crítico de Madrid* es el exponente de la opinión pública contra el poder afrancesado, manifestado con anterioridad en los pasquines, coplas y libelos. En el existente en la Hemeroteca Municipal de Madrid podemos leer numerosos escritos injuriosos hartos denigratorios contra todo lo francés. Sirva de botón de muestra los versos siguientes referidos al *mal francés*, sinónimo de enfermedad venérea:

Histórico era
el mal que padecen,
y ya es mal francés
con mil accidentes
y con indicantes
de daño más fuerte
que piden reparos
efectivamente (8 de diciembre de 1735).

principales artífices de esta visión sobre el comportamiento y rivalidades entre españoles y franceses, como si España encarnara la unión en la diversidad. Recordemos que sus *Historietas nacionales* están ambientadas en distintos contextos geográficos: *El carbonero alcalde* en Andalucía, en Lapeza y Guadix; *El afrancesado* en Galicia, en la villa de Padrón; *El Ángel de la Guarda* en Tarragona. Incluso los españoles presos y trasladados a prisiones fuera de España, como en el relato *¡Viva el Papa!*, simbolizan la unión de España frente a la deshumanización de Francia, pues manifiestan sus valores morales y patrios. Es el heroísmo de un pueblo que aún en el destierro defiende públicamente su religión frente a la barbarie francesa por el apresamiento del papa Pío VI. Alarcón sigue toda esta corriente o inercia respecto al tratamiento de la Guerra de la Independencia, que si bien ya estaba pergeñada antes del citado enfrentamiento entre franceses y españoles, configura una especie de ficción en virtud de la cual España simboliza todo lo contrario de lo que representa Francia. Los géneros literarios² señalados con anterioridad precisan esta dicotomía. La novela decimonónica, por ejemplo, recreará con detenimiento los sucesos de la Guerra de la Independencia³ desde esta perspectiva, como la debida a Pablo Rincón —*El héroe y las heroínas de Montellano. Memoria patriótica* (1813)—, Francisco Brotons —*Las ruinas de Santa Engracia o El sitio de Zaragoza* (1831)⁴ y *Teodora, heroína de Aragón* (1832)⁵—, Casilda Cañas —*La española misteriosa o El ilustre aventurero o sea Orval y Nonui* (1833)—, Juan de Ariza —*El 2 de mayo* (1846)—, Ildefonso Antonio Bermejo —*Martín Zurbano o Memorias de un guerrillero* (1846)—, Pascual Riesgo —*El sol de Zaragoza* (1846)—, Carlota Cobo —*La ilustre heroína de Zaragoza o la célebre Amazona de la Guerra de la Independencia* (1859)—, Manuel Vázquez Taboada —*El 2 de mayo: los franceses en Madrid* (1866)—, Eduardo Zamora y Caballero —*El cura Merino (España en 1808)* (1872)—, Gaspar Thous —*El palleter* (1886)—, Vicente Blasco Ibáñez —*¡Por la patria! Romeu el guerrillero* (1888). Recordemos también el inigualable corpus narrativo galdosiano referido a la Guerra de la Independencia, los *Episodios Nacionales*. Conjunto de novelas en el que héroes anónimos, hijos del pueblo luchan por unos ideales que suponen en la mayoría de los casos la pérdida

² La Guerra de la Independencia ocupa un lugar señero en la literatura española del siglo XIX y principios del XX. Cfr. Freire (2000; 2007; 2009).

³ Cabe citar también determinados relatos escritos en el exilio y en cuyo telón de fondo figura la Guerra de la Independencia, como la novela de Telesforo de Trueba y Cossío —*Salvador, the Guerrilla* (1825)—, Stanislao de Kostka Vayo —*Voyleano o la exaltación de las pasiones* (1827) y, con cierta prevención, la novela de Valentín Llanos —*Don Esteban* (1825)—, escrita para un público inglés más interesado por los clichés arquetípicos de la España romántica que por la esencia de los valores patrios que simboliza el pueblo español, pues priman más los tópicos difundidos por viajeros ingleses por España que los retratos genuinos de quienes protagonizan la novela. Costumbrismo e intriga amorosa que discurren bajo el telón de fondo de la Guerra de la Independencia en España.

⁴ Relato cuya autoría ha sido objeto de atención por parte de la crítica debido a los problemas que plantea a la hora de atribuirle a un determinado autor. Juan Ignacio Ferreras (1979: 85) la atribuye con cierta prevención a Francisco Brotons, al igual que Almela y Vives (1949), fundamentándose este último en las *Memorias* del propio impresor y editor Mariano Cabrerizo, amigo y contertulio de Francisco Brotons.

⁵ La novela *Teodora, heroína de Aragón: Historia de la Guerra de la Independencia o Memorias del coronel Blok escritas (y no publicadas) en francés por Rodolphe y traducidas al castellano por Antonio Guijarro Ripoll* plantea, al igual que en el caso anterior, problemas de autoría. La presente novela, perteneciente a la colección de Cabrerizo, se publica a continuación de *Las ruinas de Santa Engracia o El sitio de Zaragoza*, que incluía al final de la misma un anuncio editorial que anunciaba la inminente aparición de *Teodora o la heroína de Aragón* ilustrada con láminas (132: 245). Almela y Vives la atribuye a Francisco Brotons (1949: 269). Montesinos silencia esta «traducción»; Ferreras (1979) manifiesta sus dudas sobre esta asignación, a la de Francisco Brontóns y Palau y Dulcet (1965:65) se la atribuye a un tal Rodolphe, tal como figura en el título de la novela. Lo más probable es que la novela sea de Brotons, pues la alusión a *memorias* es un recurso literario que gustaba a Cabrerizo y a su mentor literario, López Soler. Recordemos, por ejemplo, la novela de este último escritor titulada *Memorias del príncipe Wolfen*. Por estos años también se evidencia una especie de anonimía, fundamentalmente cuando el escritor era un desconocido para el público, encargándose el editor, en este caso Cabrerizo, de marcarles las pautas de redacción teniendo siempre en cuenta los gustos de los lectores de la época. Esto no solo ocurrió con Cabrerizo, sino también con célebres editores, como en el caso de Bergnes de las Casas.

de su propia vida, como si la patria se fusionara en el destino de cada español que no duda en su sacrificio con tal de defender los valores inherentes a ella. La patria, pues, se constituye de esta forma en una especie de personaje heroico que se erige en protagonista de la acción, del relato, poetizada de forma sutil por Alarcón. Sería, por ejemplo, el caso de *El carbonero alcalde*, cuya contextualización histórica se enmarca en el año 1810, a raíz del asedio francés a la villa de Lapeza y Guadix. En el relato se aglutinan prácticamente todos los aspectos más negativos del horror de la guerra propiciados por la barbarie francesa y la defensa patriótica de los españoles en su deseo de salvaguardar su honor y a sus familias. Enfrentamiento dantesco entre militares franceses y aldeanos españoles comandados por un alcalde, Manuel Atienza, un ranchero de la sierra, cuya etopeya simboliza los valores éticos del ser humano. Un héroe cuyo Estado Mayor está formado por el aguacil, el pregonero y el fiel de fechos. Su ejército: doscientos lapeceños. El pueblo es el auténtico héroe que ante los gritos de *¡Viva el señor alcalde!*, responderá este *¡Viva Dios! ¡Viva Lapeza! ¡Viva la independencia española!*

El pueblo aparecerá como un héroe colectivo, pues sus sentimientos le unen sin ningún tipo de fisuras. El pueblo poetizado se erige como protagonista de la acción y el alcalde no es sino la cabeza visible de lo que él representa: el pueblo. De esta forma Alarcón le otorga al colectivo un protagonismo decisivo, pues la responsabilidad del sacrificio, la de la victoria ante el francés, es de todos, y no solo del ejército regular, sino del pueblo. Un pueblo anónimo que se erige como pieza clave y fundamental en la defensa de España, en sus valores tradicionales, tal como se constata en la arenga del alcalde de Lapeza ante sus ciudadanos. El patriotismo emerge como un sentimiento común y su muerte simboliza el heroísmo de un colectivo que ha asumido y defendido los valores patrios. Solidaridad y compromiso con dichos valores con un final desolador, cruento, patético, fundamentalmente en la escena en el que el cañón revienta al ser disparado:

Fue aquello, pues, un caos de humo, de polvo, de rugidos, de lamentos, de relinchos, de llamas, de sangre, de cadáveres deshechos, cuyos miembros volaban todavía o volvían a la tierra entre balas, piedras y otros proyectiles; de caballos sueltos que huían coceando; de palos de ciego, dados sobre amigos y enemigos por los lapeceños que aún seguían en pie, y de puñaladas, pistoletazos y pedradas, que venían de abajo, de arriba, de todas partes, como si hubiese llegado del fin del mundo (1943:110).

Sangriento e inhumano escenario vivido por el pueblo andaluz por sufrir la invasión, el asedio del francés, en donde el heroísmo es proverbial. Un héroe, el alcalde de Lapeza, que no se rinde ante el enemigo y prefiere antes la muerte que caer en poder del invasor:

—¡Yo soy la villa de Lapeza, que muere antes de entregarse!

Y, rompiendo el bastón entre sus manos, lo arroja a la faz de los franceses, y él se precipita detrás, cayendo contra las peñas de un hondo barranco, donde sus huesos de bronce crujen al saltar hechos astillas.

¡Ni tan siquiera de su cadáver logró apoderarse el enemigo! (1943: 111).

En *El carbonero alcalde*, una de las narraciones más señeras y relevantes de la literatura española, Alarcón muestra su plenitud de artista y narrador. E. Pardo Bazán fue la primera escritora en percibir el carácter épico del relato, su trascendencia: «Busco algún fragmento épico moderno que supere al *Carbonero alcalde* y solo podré citar los *Cuadros del Sitio de Sebastopol*, donde supo difundir tan misterioso horror bélico el genio de Tolstoy» (1891: 46-47). Es evidente que en el presente relato se aprecian múltiples tics

caracterizadores propios de Alarcón, desde la mezcla de lo humorístico y lo trágico, lo grotesco y la ironía, hasta la descripción y tonos caricaturescos que subyacen en el relato, tal como ha constatado la crítica (Baquero, 1949; Soria, 1951; Royo, 1992). Reflexiones críticas que escapan al presente enfoque, al igual que también se obvia el amplio corpus bibliográfico referido a la pluralidad semántica con respecto al concepto o término patria desde una perspectiva amplia con referencia a España, o más restrictivo, como alusión al lugar en donde se ha nacido (Aymes, 2004: 23). Ambigüedad que nace cuando el término patria se politiza y adquiere un sentido más problemático: nación (Vilar, 1999: 211-252), y que conlleva toda una terminología enraizada con la política, con los derechos sociales, la ciudadanía y la constitución (Portillo, 2002). Nada de esto referimos en el presente trabajo, aunque somos conscientes de que se deben tener en cuenta para precisar y contextualizar el texto literario. Lo importante es destacar los tópicos que predominan en la España del momento sobre la Guerra de la Independencia desde la óptica y visión de Alarcón, desde una perspectiva tradicional y conservadora que, como es evidente, se distancia de otras creaciones literarias cuyas obras se atienen también a su talante ideológico liberal. En las ya citadas novelas con anterioridad, como las debidas a Casilda Cañas o a Manuel Vázquez se puede observar su carácter conservador, al igual que en el caso de determinados folletines históricos, como en el debido a José María de Goizueta: *Damián el monaguillo. Episodio de la Guerra de la Independencia* (1857).

Novelas conservadoras, como en el caso de las narraciones alarconianas, en las que es necesario distinguir o separar los términos masa y pueblo. La versión conservadora del pueblo «se encuentra, pues, con el gran desafío de apelar a él, ya que al fin y al cabo él fue el protagonista de los hechos de mayo de 1808 y a la vez de despolitizarlo» (Sanchez, 2008: 165). Concepción asumida por los conservadores conscientes de que la masa, las connotaciones del vocablo y el resultado del mismo, supone una quiebra de la estabilidad social y del orden burgués. La única vía que cabe para llevar a cabo estos matices es recordar los añejos tiempos de las comunidades, sus tradiciones, poetizar la realidad, pues solo así se podrá concebir al pueblo como una entidad histórica, enraizada en tiempos pasados y sin connotaciones políticas.

Las *Historietas nacionales* se pueden enmarcar en un corpus literario de carácter tradicionalista y conservador, cuyo recorrido discurre paralelo a otras narraciones escritas bajo un prisma progresistas como las novelas de V. Balaguer y D. López Montenegro —*Memorias de un liberal. Fernando el Deseado* (1860)— y Manuel Angelón —*Atrás el extranjero* (1861)—. La visión que Alarcón tiene de la Guerra de la Independencia se identifica también con el contenido de determinadas piezas teatrales y composiciones poéticas que difundieron la gesta del levantamiento popular y las hazañas de sus héroes, como las afamadas piezas teatrales de Manuel Eduardo de Gorostiza —*Virtud y patriotismo o el 1º de enero de 1820 (sobre el alzamiento de Riego)*—, Francisco de Paula Martí —*La entrada de Riego en Sevilla y El 2 de mayo en Madrid y muerte heroica de Daoiz y Verlarde*—, Enciso de Castrillón —*Defensa de Valencia y castigo de traidores*—, Zavala y Zamora —*Los patriotas de Aragón*—. Poemas y loas sobre la Guerra de la Independencia leídas en ateneos y difundidas por la prensa periódica decimonónica configurarían una especie de acervo cultural de difícil sustracción por parte de quien vivió en esta época. Todo ello asumido y difundido también por la «literatura de cordel» que popularizaría a través de los pliegos los hechos más emotivos y representativos de la Guerra de la Independencia: sus símbolos, sus héroes populares, sus burlas e insultos a José Bonaparte (Díaz, 2008: 223-238). Item más: la tradición oral, la historia viva contada por sus mayores, por sus familiares pertenecientes a generaciones anteriores que vivieron durante la Guerra de la Independencia formarán parte del acervo cultural que estará siempre vivo en la mente de

Alarcón. El propio escritor, tal como señala en la dedicatoria a Juan Valera que figura al frente de sus *Historietas nacionales*, indica que las escribió entre los veinte y los veinticinco años, en una época en la que todavía podía nutrirse de la savia popular, de los testigos presenciales de la invasión francesa, como en el caso de Galdós en sus *Episodios nacionales*. Incluso, Alarcón, fecha la peripecia argumental justo en el momento que sucedió, con una precisión absoluta, como en *¡Viva el Papa!*, cuyos hechos ocurrieron en julio de 1809, en Montelimar, Francia. Alarcón inicia esta historia como testigo de lo referido, no bajo la forma del recurso literario, sino como transcriptor de una historia acaecida, según sus palabras, en la fecha anteriormente citada:

El tierno episodio que voy a referir es rigurosamente histórico, como los anteriores [*El carbonero alcalde* y *El afrancesado*] y como los siguientes: pero no ya solo por la materia, sino también por la forma.— Vivo está quien la cuenta, como suele decirse...; y entiéndase que quien la cuenta no soy yo, es un capitán retirado que dejó el servicio en 1814... (1943: 116).

En otras ocasiones Alarcón no revela la identidad de quien cuenta la historia como en el caso del relato de *El extranjero*, aunque especifica e inicia la historia de esta guisa: «El hecho fue el siguiente, según que me lo han contado personas dignas de entera fe que intervinieron en él muy de cerca y que todavía andan por el mundo. Oíd sus palabras textuales» (1943: 121). Otro tanto sucede con la narración *El Ángel de la Guarda* cuyos hechos están basados en una historia ocurrida en Tarragona, el 28 de junio de 1811, fecha de la toma de la ciudad por los franceses. El cotejo de la datación de los relatos y la publicación de los mismos en *El Museo Universal* dan a entender que Alarcón recogió todo este material noticioso en los años que figuran en la dedicatoria del libro a J. Valera. Supuestamente les daría y construiría una especie de relación o relato basado en hechos reales y cuyo mérito no es otro «el de haber sido las primeras de su índole y forma publicadas en España» (1943: 104).

Es evidente que el imaginario colectivo sobre la guerra de la independencia transmitido por generaciones que vivieron el horror de la guerra, tanto familiares —recordemos los mencionados por Alarcón en el inicio de este trabajo—, como de personas amigas, moldearían y se fundirían con sus propio sentimientos hacia el hecho narrado. Esto concedería al relato un tinte personal, pues permitiría transmitir su propia ideología en sus reflexiones o digresiones sobre la conducta del pueblo español. Bien es verdad que él se muestra como un mero transcriptor, pero no puede prescindir de su nueva concepción ideológica, conservadora y católica, en clara oposición a su etapa revolucionaria, fundamentalmente en su etapa como director de *El Látigo*. Sus furibundos artículos dados a la prensa contra el clero y la incompatibilidad del Ejército y la Milicia Nacional, así como sus diatribas contra la monarquía española están ausentes en sus *Historietas nacionales*. A pesar de ello, Alarcón introduce sutilmente alguna cuña ideológica que marca su distancia con Fernando VII, pero sin obviar su fuerte defensa de los valores tradicionales españoles. Así, en *¡Viva el Papa!*, tras denunciar el decreto de Napoleón que anexionaba los Estados Pontificios al Imperio francés y, por ende, privar al Papa de su libertad, arremete contra los franceses, dejando bien claro Alarcón lo que significa ser español. Es decir, identificar a los militares españoles presos en Francia con los valores que a continuación detalla:

Ser español significaba en aquel tiempo mucho más que ahora. Significaba ser vencedor del Capitán del siglo, ser soldado de Bailén y Zaragoza, ser defensor de la historia, de la tradición, de la fe antigua; mantenedor de la independencia de las

naciones, paladín de Cristo, cruzado de la libertad... En esto último nos engañábam... Pero ¡cómo ha de ser! ¿Quién había de adivinar entonces, al defender a Don Fernando VII contra los franceses, que él mismo los llamaría al cabo de catorce años y los traería a España en 1823?... En fin, no quiero hablar... ¡pues hay cosas que todavía me encienden la sangre! (1943: 119).

Alarcón elogia el comportamiento de los militares presos al saber que el Papa también lo está, sintiéndose aliviados en su dolor al ver su mirada de ternura y de resignación. Tanto el transcriptor de la historia, Alarcón, como los soldados españoles mostrarán su indignación, patentizando su incólume fe a la figura del Papa: «Casi instintivamente nos quitamos los morriones (cosa que chocó mucho a los franceses, los cuales seguían con sus gorros encasquetados) y nos llevamos la mano derecha al corazón, como quien hace protestación de su fe» (1943: 119-120).

Alarcón describe de forma poliédrica la figura del francés en la Guerra de la Independencia, contribuyendo de forma precisa en la consolidación de los tópicos sobre su conducta indigna y salvaje. Cabe recordar al respecto que a mediados del siglo XIX Alarcón era el escritor más afamado de su tiempo. Sus crónicas de viaje le consagrarían como un celeberrimo escritor, como en el caso de su *Diario de un testigo de la guerra de África* (1860), que en pocos días se vendieron cincuenta mil ejemplares de la primera edición, cifra fabulosa para aquel momento, y aún para esta época en España. Al editor le dejó un beneficio de noventa mil duros, y el autor recibió alrededor de veinte mil cartas de felicitación. En la misma línea estaría *De Madrid a Nápoles* (1861), el libro de viajes más leído en España durante el siglo XIX. Obviamos el éxito de su obra *El sombrero de tres picos* (1874) y la polémica en torno a su novela *El escándalo* (1875), agotada la edición príncipe en pocos meses y editándose la segunda edición en el mismo año. El índice de ventas fue superior al de cualquier novela publicada por estos años, a pesar del alto precio con que salió a la venta. Tampoco se deben olvidar sus colaboraciones en los más prestigiosos periódicos de su época, como *El Semanario Pintoresco Española*, *La América*, *La Discusión*, *El Eco Hispanoamericano*, *El Museo Universal*, *El Eco de Occidente*, *La Época*, *La Ilustración*, entre otros muchos. Cabe recordar también que sus *Historietas nacionales* se publicaron inicialmente en *El Museo Universal* para luego ser reeditadas en varias publicaciones de gran prestigio y difusión. Así, por ejemplo, *¡Viva el Papa!* se publicó en 1857 en *El Museo Universal*, más tarde en *La Época* (1861), luego en *El Museo de Literario* en 1866 y, por último, en 1878, en *La Raza Latina*. Recorrido que experimentan casi todas sus narraciones, fundamentalmente *El carbonero alcalde*.

Todo este corpus editorial y periodístico incidiría en varias generaciones durante el siglo XIX, no solo por las reediciones de sus obras, sino también por la reproducción de las mismas en diversos paréntesis de tiempo, como, por ejemplo, la recién citada *¡Viva el Papa!* que se publicó durante tres décadas o la titulada *El carbonero alcalde*, editada en la prensa periódica en varias ocasiones, desde el año 1859 hasta 1878. Estas dos historietas nacionales aparecieron en *La Época*, publicación longeva y de una gran difusión, muy leída en un principio por los liberales y más tarde por los moderados. Tuvo, de igual forma, un gran eco tras la *Septembrina*, convirtiéndose también en grata lectura para los alfonsinos. Precisamente estas dos narraciones son las que mayor inquina reúnen en su diatriba contra todo lo que representa el francés, pues se comportan como seres infames, que no solo violan a las mujeres, a jóvenes indefensas, sino también matan a niños de forma cruel e indescriptible. En Alarcón la fobia contra el francés cobra proporciones de gran ferocidad, de una inhumanidad de difícil superación. Son sádicos, sanguinarios, despiadados, impíos, bárbaros, de una insensibilidad proverbial. Tanto sus mandos como

sus soldados sin graduación actúan de la misma forma despiadada. Sirva de muestra la orden del general Godinot que tras vencer a los vecinos de Lapeza decide dar muerte a un niño y a un anciano en señal de venganza y como medida de escarmiento:

Ataron una cuerda en el cuello del niño, y lo arrojaron desde un mirado de la casa del Ayuntamiento a la plaza mayor de Guadix.

Rompióse la cuerda, y el niño cayó contra el empedrado.

Anudaron la parte rota; tornaron a subir a la pobre criatura; colgaronlo de nuevo, y la cuerda se volvió a romper.

El niño quedó en el suelo sin poder moverse. No había muerto; pero todos sus remos se habían roto.

Entonces, un Oficial de dragones, conmovido al pensar que se colgaba por tercera vez, llegóse al infeliz... y le deshizo la cabeza de un pistoletazo (1943: III).

La Guerra de la Independencia ofrece un mosaico riquísimo de noticias a Alarcón. El sufrimiento, el dolor, el desconsuelo, la desolación serán sentimientos que se patentizan de forma cruel en sus relatos. Ante tal insensibilidad y ensañamiento del francés solo se le puede combatir de la forma que lleva a cabo el pueblo, como si los españoles se convirtieran en seres superiores. Héroe populares que sacrifican su vida, como en *El afrancesado*, o mueren de forma heroica, como en *El carbonero alcalde*. Historia de héroes transmitidas por generaciones que convivieron con los trágicos sucesos de la Guerra de la Independencia, poetizando o despoetizando sus hechos según el prisma de quien los cuenta o narra. Frente a la crueldad del francés o la censura férrea contra los afrancesados, surge el hecho heroico, el personaje anónimo convertido en leyenda, glorificado por el texto literario y la tradición oral.

Alarcón se identifica con el personaje que da fe de la historia narrada, pues es portador de unos valores patrios que se acomodan a su ideología conservadora. La imagen del francés subyace en el imaginario colectivo desde una óptica completamente negativa, exagerada, sin rigor histórico, sin tener en cuenta que se trata de interpretaciones parciales y, en ocasiones, falsas, como las referidas a José Bonaparte en el que los pliegos de cordel, las aleluyas, lo descalifican con toda serie de improperios injustos. Acusaciones tejidas con la intención de mantener la visión de un pueblo unido contra la invasión extranjera.

Visión de los hechos que analizados desde una óptica francesa varían sustancialmente (Giné, 2008), tal como se constata, por ejemplo, en las obras de Albert de Roca —*Las memorias*—, Stendhal —*La vida de Napoleón*—, Les Cases —*El memorial de Santa Elena*—, Chateaubriand —*Memorias de ultratumba*— o Balzac —*El verdugo*—. De todo este elenco de títulos, cuyo contenido nos remite a la Guerra de la Independencia, cabría destacar la obra de Edgar Quinet, *Mes vacances en España, 1815 et 1840*, en donde su autor rememora la batalla de Bailén, el episodio del 19 de julio de 1808 en el que tienen lugar la primera derrota francesa en Europa. Quinet muestra su preocupación por el destino de los presos franceses a Cabrera, desde Cádiz, en penosas condiciones, al igual que en épocas recientes, como en las novelas de Pierre Pellisier —*Les grognards de Cabrera*— y Gildar Guillaum —*Le sentinell de Cabrera*—. En la primera, su autor describe desde el punto de vista francés el sufrimiento y la aflicción de los siete mil prisioneros de Cabrera. Un mundo de ficción cuyo protagonista, el oficial de sanidad alemán Armand, Benoist, militar perteneciente al cuerpo de dragones (voltigeur) y Damián Estelrich, sacerdote español, intentan evitar las muertes de los prisioneros. En el segundo relato se describe el mismo episodio sobre los prisioneros de Bailén a través del sargento Ferdinand Mercier. Novela que supone un detallado y minucioso estudio de dicho episodio sujeto a la realidad

de los hechos. Novela muy documentada y que incluye un repertorio bibliográfico referido a la contienda y posterior traslado de los prisioneros a Cabrera. Hecho histórico narrado también por Michel Peyramaure en su novela *Les prisonniers de Cabrera* a través de Laurent Puymège, militar que narra su propia experiencia como preso durante cinco años en la isla de Cabrera. Aventuras y descripciones desde la perspectiva del bando francés que también se encuentran en el relato de Jean Duché, *La gloire de Laviolette*, aunque desde una óptica distinta, pues las aventuras del soldado Laviolette se engarzan con sus hechos bélicos y sus propios sentimientos amorosos. Enamorado de la noble Aimée de Coigny cifrará todo su destino en conquistarla gracias a su heroísmo en la contienda contra los españoles.

De todo este elenco de novelistas franceses cabría destacar a Joseph Peyré, premio Goncourt en 1935 gracias a su novela *Sang et lumières* (*Sangre y luces*) de tema y ambientes taurinos. Excelente conocedor de España, fue autor de una trilogía sobre la Guerra de la Independencia. El protagonista de sus novelas—*Los lanceros de Jerez*, *Las murallas de Cádiz* y *El alcalde de San Juan*—, un joven teniente de cazadores a caballo, Joseph-Marie de Saint-Armou, será el artífice de la historia en España desde la batalla de Bailén hasta la entrada en España de las tropas del Duque de Angulema que pondrían fin al Trienio Liberal en 1823. Se trata de una trilogía escrita por un novelista francés que muestra con realidad y objetividad lo acaecido en la Guerra de la Independencia, pues muestra tanto los prejuicios de los españoles hacia la figura de José Bonaparte como la actitud vergonzosa de Fernando VII durante su exilio. El protagonista central de la trilogía, Saint-Armou, actúa en numerosas ocasiones como el alter ego del escritor, manifestando su gran afecto por las costumbres y tradiciones españolas y, al mismo tiempo, elogiando a los liberales e intelectuales de la Ilustración. La ineptitud de los mandos franceses en la Guerra de la Independencia, así como el valor de su ejército se patentiza en la trilogía. Honor y valentía que también destaca Peyré en su referencias a los españoles, fundamentalmente los guerrilleros, los lanceros, los componentes de un ejército irregular que mermó y cerceno de forma ininterrumpida a las tropas francesas.

Relatos franceses que muestran desde su óptica la cruenta contienda entre franceses y españoles en la Guerra de la Independencia. Tanto un bando como otro aparecen descritos bajo el prisma de los sentimientos y amor patrio hacia sus países. Del cotejo de este mosaico de novelas se desprende un tono más benevolente y tolerante por parte de los escritores franceses, conscientes de que se trataba de una invasión a un país, España, que solo pensaba en defenderse, en arrojar del solar patrio a los intrusos. Por el contrario, las novelas españolas muestran su odio contra el francés desde múltiples perspectivas y ángulos. Los relatos de Alarcón corroboran esta fobia e inquina por los franceses, extendiendo sus injurias contra los españoles afrancesados, los gabachos, la escoria, la hez de la sociedad española.

BIBLIOGRAFÍA

ALARCÓN, Pedro Antonio de, (1943), *Obras Completas. Con un comentario preliminar por Luis Martínez Kleiser*, Madrid, Ediciones Fax.

——— (1994), *Los relatos*, María Dolores Royo Latorre, Universidad de Extremadura.

ALMELA Y VIVES, Francisco, (1949), *El editor don Mariano de Cabrerizo*, Valencia, CSIC, Instituto Nicolás Antonio.

ANGELÓN, (1861), *Atrás el extranjero. Novela histórica de la Guerra de la Independencia*, Barcelona, Imprenta de I. López Barnagasi.

ARIZA, Juan de, (1846), *El dos de mayo*, Madrid, Sociedad Tipográfica de Hortelano y Compañía.

- AYMES, Jean-René, (2004), «La literatura liberal en la Guerra de la Independencia: fluctuaciones y divergencias ideológico-semánticas», en A. Ramos Santana (ed.), *La ilusión constitucional: pueblo, patria, nación. De la Ilustración al Romanticismo. Cádiz, América y España ante la modernidad, 1750-1850*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, p. 23, *passim*.
- BALAGUER, Víctor y LÓPEZ MONTENEGRO, Diego, (1860), *Memorias de un liberal. Fernando el Deseado*, Barcelona, Sans y Compañía.
- BALZAC, Honorato de, (1903), *El verdugo. Traducción de Torcuato Tasso y Serra*, Barcelona, Editorial Luis Tasso.
- BAQUERO GOYANES, Mariano, (1949), *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, CSIC.
- BERMEJO, Ildelfonso Antonio, (1846), *Martín Zurbarano o Memorias de un guerrillero: novela histórica, embellecida con cuadros de campaña, tipos tomados de la guerra civil del Norte, descripción de los hechos de armas más notables, costumbres, etc., escritas en español por Ezelino d'Regnaud Anzfangz*, Madrid, Imprenta de T. Aguado.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, (1928), *¡Por la patria! Romeu el guerrillero*, Madrid, Ed. Cosmópolis.
- BROTONS, Francisco, (1831), *Las ruinas de Santa Engracia o El sitio de Zaragoza*, Valencia, Cabrerizo.
- CABRERIZO, Mariano, (1862), *Memorias de las vicisitudes políticas de D. Mariano Cabrerizo y Bascuas*, Valencia, Imprenta de los señores Ferrer y Aisa, antes de Cabrerizo.
- Cantos Casenave, Marieta, Fernando DURÁN LÓPEZ y Alberto ROMERO (eds.), (2008), *La guerra de pluma. Estudios sobre la prensa de Cádiz en el tiempo de las Cortes (1810-1814)*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- CAÑAS DE CERVANTES, Casilda, (1833), *La española misteriosa y el ilustre aventurero, o sea, Orval y Nonui*, Madrid, Imprenta de L. Amarita.
- COBO, Carlota, (1859), *La ilustre heroína de Zaragoza o la célebre Amazona de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Imp. Santiago Hurtado.
- CHATEUBRIAND, François René, (1848), *Memorias de ultratumba. Trad. Por Tomás García Luna y Nemesio Fernández Cuesta*, Madrid, Francisco de Paula y Mellado, 6 vols.
- DÍAZ, Joaquín, (2008), «De una tradición subterránea: 1808 en la cultura popular entre siglos», en Joaquín Álvarez Barrientos (ed.), *La Guerra de la Independencia en la cultura española*, Madrid, Siglo XXI, pp. 223-238.
- DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier, (2009), «Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de la Independencia: historia y ficción», *Boletín Centro Pedro Suárez*, 22, 307-322.
- DUCHÉ, Jean, (1991), *La floire de Laviolette*, Paris, Robert Laffont.
- Duende Crítico de Madrid*. Manuscrito 1735-1736.
- ENCISO DE CASTRILLÓN, Félix, (1808), *Defensa de Valencia y castigo de traidores. Comedia nueva original en cuatro actos*, Madrid, Librería de la Viuda de Quiroga.
- FREIRE LÓPEZ, Ana María, (2007) «La Guerra de la Independencia en la literatura española (1814-1914)», *Cuadernos dieciochistas*, 8, pp. 265-278.
- (2008), *Entre la Ilustración y el Romanticismo. La huella de la Guerra de la Independencia en la Literatura Española*, Alicante, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- (2009), *El teatro español entre la Ilustración y el Romanticismo*, Madrid durante la Guerra de la Independencia, Vervuert Verlag, Iberoamericana.
- FERRERAS, Juan Ignacio, (1979), *Catálogo de novelas y novelistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Cátedra.
- GILDAR, Guillaume, (2005), *Le sentinelle de Cabrera*, Paris, Fayard.
- GINÉ, Marta, (2008), «Francia mira la Guerra de la Independencia», en *La guerra en la literatura francesa del siglo XIX: Balzac, Stendhal, Hugo...*, Lleida, Milenio.
- GOIZUETA, José María, (1857), *Damián el monaguillo. Episodio de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de A. Vicente.

- GOROSTIZA, Manuel Eduardo, (1821), *Virtud y patriotismo o El 1 de enero de 1820 (dedicado al ciudadano Riego)* Madrid, Viuda de Aznar.
- LLANOS, Valentín, (1825), *Don Esteban or Memoirs of Spaniard written by himself*, London, Colburn, 3 vols.
- MARTÍ MORA, Francisco de Paula, (1820), *La entrada de Riego en Sevilla*, Madrid
- MONTESINOS, José F., (1972), *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida de un esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)*, Madrid, Castalia.
- (1973), *Pedro Antonio de Alarcón (Estudios sobre la novela española del siglo XIX)*, Madrid, Castalia.
- PALAU Y DULCET, Antonio, (1948-1977), *Manual del Libro Hispanoamericano*. Barcelona, Librería Palau.
- PARDO BAZÁN, Emilia, (1891), «Pedro Antonio de Alarcón. Las novelas», *Nuevo Teatro Crítico*, Año I, 10 (octubre), pp. 20-67.
- PELLISIER, Pierre y PHELIPEAU, Jerome, (1979), *Les grognards de Cabrera (1809-1814)*, Paris, Hachette.
- PEYRAMAURE, Michel, (2009), *Les prisonniers de Cabrera*, Paris, Presses de la Cité.
- PEYRÉ, Joseph, (1964), *Los lanceros de Jerez*, Barcelona, Editorial Bruguera.
- (1964), *Las murallas de Cádiz*, Barcelona, Editorial Bruguera.
- (1964), *El Alcalde de San Juan*, Barcelona, Editorial Bruguera.
- PORTILLO, J. María, (2002), «Nación», en J. Fernández Sebastián y J. E. Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza Editorial, p. 469, *pássim*.
- PRÍNCIPE, Miguel Agustín, (1843), *Guerra de la Independencia. Narración histórica de los acontecimientos de aquella época, precedida del relato crítico de los sucesos de más bulto ocurridos durante el reinado de Carlos IV*, Madrid, Imprenta del Siglo a cargo de Ivo Biosca, 3 vols.
- QUINET, Edgar, (1840), *Mes vacances en Espagne, 1815 et 1840*, Paris, Paulin.
- RIESGO Y SOTO, P. del, (1846), *El sol de Zaragoza. Novela histórica*, La Habana, Imprenta de R. Oliva y Compañía.
- RINCÓN, Pablo, (1813), *El héroe y las heroínas de Montellano. Memoria patriótica*, Valencia, Imprenta de B. Monfort.
- ROCCA, Albert-Jean-Michel M. de, (1814), *Mémoires sur la guerre des français en Espagne*, Paris, J. Gratiot, Gide fils.
- ROMERO LARRAÑAGA, Gregorio, (1844), *Jamás un mal viene solo. Narración de amores en la época de la invasión francesa*, Valencia, El Fénix.
- ROYO LATORRE, M^a. Dolores, (1992), «Pedro Antonio de Alarcón: la composición del relato», *STVDIVM*, 8, pp. 5-130.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel, (2008), «Del pueblo heroico al pueblo resistente. La Guerra de la Independencia en la literatura (1808-1939)», en Joaquín Álvarez Barrientos (ed.), *La Guerra de la Independencia en la Cultura Española*, Madrid, Siglo XXI, pp. 159-190.
- SORIA, Andrés, (1951-1952), «Ensayo sobre Pedro Antonio de Alarcón y su estilo», *Boletín de la Real Academia Española*, xxxi, pp. 45-92; xxxii, pp. 119-145.
- STENDHAL, Henry Beyle (1952), *La vida de Napoleón*, Madrid, Espasa Calpe.
- TÁRRAGO Y MATEOS, Torcuato, (1857), *El monje negro o El hambre de Madrid. Novela histórica original*, Madrid, D. Miguel Prats, editor.
- S.A., (1832), *Teodora, heroína de Aragón. Memorias del Coronel Blok, escritas (y no publicadas) en francés por Mr. Rodolphe y traducida al castellano por Antonio Guijarro y Ripoll*, Valencia, Imprenta de Cabrerizo-
- THOUS ORTS, Gaspar, (1886), *El palleter. Novela histórica. Episodio de la Guerra de la Independencia*, Valencia, Imprenta de Vda. De Amargós.

- TORRÁ Y CATÁ, J., (1882), *La heroína del Segre. Novela moral histórica de la Guerra de la Independencia*, Barcelona, Imp. Inmaculada Concepción.
- TRUEBA Y COSSÍO, Telesforo, (1834), *Salvador, the Guerrilla*, London, Bentley, 3 vols.
- VALVIDARES Y LONGO, fray Ramón, (1814), *El liberal en Cádiz, o aventuras del abate Zamponi. Fábula épica para remedio de locos y preservativo de cuerdos*, Sevilla, Imprenta del Correo Político Mercantil.
- (2008), *El liberal en Cádiz, o aventuras del abate Zamponi. Fábula épica para remedio de locos y preservativo de cuerdos*, Joaquín Álvarez Barrientos (ed.), Cádiz, Diputación de Cádiz.
- VAYO, Estanislao de Kostka, (1827), *Voyleano o la exaltación de las pasiones*, Valencia, Imprenta de Ildefonso Mompí, 2 vols.
- VÁZQUEZ TABOADA, Manuel, (1863), *El dos de mayo o los franceses en Madrid*, Madrid, Librería Literaria.
- (1867), *El sitio de Zaragoza*, Madrid, Imprenta de la Galerza.
- VILAR, Pierre, (1999), «Patria y nación en el vocabulario de la Guerra de la Independencia española», en *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblos y poderes en la Historia de España*, Barcelona, Crítica, pp. 211-252.
- ZAMORA Y CABALLERO, Eduardo (1872), *El cura Merino (España en 1808)*, Madrid, Biblioteca Universal Ilustrada.
- ZAVALA Y ZAMORA, Gaspar, (1808), *Los patriotas de Aragón. Comedia en tres actos. Por don... quien la dedica al Exmo. Sr. D. José de Palafox Rebolledo y Melci, Capitán General del Reino de Aragón*, Valencia, Librería de A. González.